

MUNICIPAL DE MADRID

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII MADRID 19 DE JULIO DE 1931 NUM. 29



EL BAÑO

EL BAÑO

Estamos en presencia de dos rivales. Por un lado una madre amante de la limpieza y la salud de su hijo, por otro un ser inconsciente enemigo del agua.

Entre los dos se entabla una encarnizada lucha.

La madre, armada de una paciencia sin igual y con no pequeños esfuerzos mete al chiquillo en la tina llena de agua, y sonriente, sin hacer caso de los berridos que exhala el rebelde, le frota con una esponja todo su cuerpo.

Las impresiones que le produce el agua fresca le son altamente desagradables, grita, chilla, se pone furioso, pero de nada le sirve; en la lucha sucumbe ante la energía y fuerza de su madre.

¿Qué sabe él, en sus tiernos años del inmenso cariño, de las sanas intenciones, del despotismo que emplea la que le dió el ser?

No tardará mucho, de seguro, en acostumbrarse al agua y él mismo pedirá a su mamá que le meta en el baño.



LAS ROSAS EMBRIAGADAS

Había en un jardín muchas rosas, muy bonitas y lozanas.

El jardinero, que era muy buen hombre, las cuidaba como a unas hijas, y tenía sobre todo, mucho empeño en que no les faltase nunca el agua suficiente; porque decía y con razón, que las flores, como las personas, necesitan refrescarse a menudo para mantener en buen estado su salud.

Con los cuidados del buen jardinero estaban las rosas tan frescas y «sonrosadas» que todo el mundo decía: He ahí unas flores que deben ser muy dichosas.

Pero no era así; hacía mucho tiempo que se lamentaban secretamente de no beber más que agua.

Decían: Como si no fuera bastante la lluvia y el rocío, este viejo no cesa de remojarnos; vamos a parar en hidrópicas. ¡Tenemos sed de vino!

Un día las oyó el jardinero y las reprendió.

—¡Cómo, señoritas!—les dijo cariñosamente.—¿Saben ustedes lo que piden? ¡Vino! es un veneno; moriríais al punto.

—¡Un veneno—le contestaron—y lo bebes los hombres! ¡Qué marrullería! Decís eso por bebérselo todo; ¡no nos quereis!

Por el contrario, el jardinero las quería mucho y por eso no complació a las caprichosas flores.

Pero un muchachillo que andaba cazando mariposas, oyó a las florecillas, y menos prudente que el viejo, las regó con vino.

¡Con qué placer lo bebían! A las primeras gotas las flores sintieron una animación extraña y se pusieron más encarnadas. Luego se exaltaron; estaban embriagadas completamente.

¡Qué locuras hicieron!

Una que estaba tísica, decía con orgullo!

—¿No os parece que soy muy grande y muy bella? ¡Debo semejar una dalia de las más hermosas!

Otra se columpiaba voluptuosamente, y luego quería saltar y con los esfuerzos se deshojaba.

Aqnella, creyendo tener alas como las mariposas, quiso lanzarse al espacio y se tronchó; todas se agitaban fuertemente en sus débiles tallos gastando su vida en aquella fiebre leta!

¡Pobres rosas!

A la mañana siguiente, cuando el jardinero fué, armado de una gran regadera que contenía un agua muy cristalina, a dar de beber a sus flores, las encontró marchitas, deshojadas, muertas.

—¡Inexpertas rosas! ¡Unos momentos han bastado para que el licor marchitase tanto pureza y hermosura!

Y después de una pausa añadió con tristeza:

—¡Cuántos hombres hacen lo mismo que estas desdichadas florecillas.

✦
EL QUE MAL EMPIEZA, MAL ACABA

— — —
Conclusión.

—No, yo fui a ponerme a su lado, porque estaba solo y me tiraron una piedra, diciendo que era una almendra para el discípulo de Andrés. El, entonces, se echó sobre ellos y los mordió, golpeó y les hizo mucha sangre. Con los dos pudo y los venció diciendo que a él no se le llamaba...

—¿No se le llamaba qué?

—Una cosa muy fea que no quiero decir. Fue porque a uno de ellos le había quitado Andrés, sin que lo notara, un relojito de plata que su papá le había regalado, porque salió sobresaliente en los exámenes.

—Entonces debió llamarle ladrón. ¿Fue eso lo que dijo?

—Sí, mamá.

—¿Y era cierto? ¿Se lo había quitado?

—Sí que era verdad, pero como no se lo pudieron encontrar, él lo negó.

—¿Pues dónde pudo ocultarle tan bien? Tú lo sabrás.

Muy liado en su pañuelo, me lo había metido en el bolsillo de mi blusa diciéndome que era una cosa secreta, me guardara de mirarla, porque si la veía sin permiso suyo tendría que acordarme de él; yo no lo miré, pero cuando me estaban curando estaba quieto y callado y oí, tic tac, tic tac... En seguida pasó Andrés junto a mí, metió la mano sin que yo lo sintiera en mi bolsillo, y se lo llevó.

La buena señora quedó pensativa.

—¿En qué estás pensando, mamita? ¿Crees acaso que miento? ¿No me vas a querer?

Te querré si eres bueno y obediente.

Pasaron algunos días antes que Luis estuviera completamente curado de su herida.

Se acercaban las vacaciones; acabadas éstas, el niño no volvió a su antiguo colegio, ingresó como interno en otro mucho mejor; así lo habían resuelto sus celosos padres, para apartarle de aquel amigo peligroso que empezaba su vida por la senda de los vicios, y que, a juicio de ellos, podría aumentarse en vez de corregirse.

Transcurrieron cuatro años; Luisito tenía buenos amigos y excelentes profesores, estimulado por el ejemplo de sus compañeros se había hecho muy aplicado, y era de los más adelantados; parecía un pequeño hombrecito.

Un día, que iba de paseo con los com-

pañeros, sintió que le tocaban en el hombro; se volvió y vió un joven de unos quince años:

—¿No te acuerdas de mí?—le dijo—¿o es que me guardas rencor porque estaba al lado del que te tiró la piedra?

—Es que no te había conocido.

—¿No sabes lo que ha sido de tu amigo Andrés?

—No he vuelto a verle desde aquel día.

—Lo suponía, porque tu papá dijo al director que te quitaba de allí, porque no creía conveniente que estuvieras al lado de Andrés.

—Ya se habrá hecho bueno—dijo a su antiguo condiscípulo—ahora estudiará.

—Inocente Luis, los niños que hacen lo que Andrés, son cada vez peores, y lo último que ha hecho lo prueba bien.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido?

—Hace dos días huyó de su casa, después de robar a su padre unos cuantos miles de duros. Dejó una carta diciendo que no le buscaran, que todo sería inútil, que pronto estaría fuera de España.

Luisito respiró con cierta satisfacción: había recordado el robo de la pera, y el perdón obtenido por su sincero arrepentimiento; bien pudiera haber sucedido que él cayera también en el abismo, si el amor, los consejos y los cuidados de su excelente madre, no le hubiesen salvado a tiempo.

Aun en su ignorancia de niño, adivinaba algo horrible de la vida del crimen, y mucho de la inmensa dicha de la vida honrada y tranquila, recogido en el santo hogar de la familia.

La primera vez que Luis vió a su mamá

y a su hermana, les contó lo que había sabido de Andrés.

La buena señora se estremeció pensando el peligro en que había estado su querido hijo al lado de aquella criatura tan malvada.

Cuando el niño se despidió de su familia para volver al colegio, su papá le dió una peseta para que comprara dulces.

—Que la gaste Anita en lo que quiera—dijo rechazando la moneda;—yo tengo todo lo que deseo; además no la quiero, porque has dicho muchas veces que el dinero es un gran peligro para los niños, que los hace interesados y ambiciosos o despilfarrados y viciosos; esto le ha sucedido a Andrés; no lo olvidaré nunca.

Su padre le abrazó tiernamente: lo cierto era que el dinero le había sido ofrecido con toda intención.

Anita y su mamá le hicieron mil caricias.

—¡Hijo de mi alma!—le dijo la amante madre—no olvides que llevas un tesoro mío, un tesoro de cariño.

—Otro te dejo yo, mamá mía—repuso Luis.

Corrieron los años, Luis que había seguido la carrera de leyes, recibió la investidura de doctor.

Entre las varias causas que llegaron a sus manos para que él, como nuevo abogado, defendiera a los acusados, encontró una que le hizo estremecer. Grandes crímenes acusaba, desde la falsificación hasta el secuestro y el homicidio.

Aquel gran criminal se llamaba Andrés Rodríguez.